

Las palabras y su telaraña. El origen de la red

ELIZABETH LUNA TRAILL
*Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México*

Primero que nada deseo agradecer el inmerecido honor que me han hecho el doctor Filiberto Felipe Martínez Arellano, director del Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas y la doctora Catalina Naumis Peña, organizadora de este Primer Simposio Internacional sobre Organización del Conocimiento: Bibliotecología y Terminología, de pronunciar unas palabras inaugurales. Inmerecido honor porque estoy muy lejos de ser una especialista en terminología; soy apenas una iniciada, gracias, por cierto, a la doctora Ana María Cardero.

En los albores del siglo XXI, este campo de conocimiento tiene, indudablemente, una vital importancia, al constituirse en una interdisciplina (o mejor llamarla transdisciplina) que parece ser una forma de investigación para la que difícilmente hay un camino de regreso. Bibliotecólogos, terminólogos, informáticos, lingüistas se reúnen hoy para intercambiar ideas y enriquecer el trabajo de comunicación del conocimiento que realizan. Y la felicitación para Catalina es doble porque no solamente ha logrado conjuntar a este selecto grupo de investigadores, sino porque lo ha hecho en nuestro medio académico, en el que, desafortunadamente, no se le ha dado a este tipo de investigaciones el lugar que merece.

Cometería yo una falta de respeto si en esta breve conferencia me atreviera a exponer ante ustedes, distinguidos especialistas aquí presentes, el estado del arte de la terminología y las preocupaciones que por hoy ocupan a quienes dedican sus afanes a estas investigaciones. Por ello me limitaré sencillamente a compartir con ustedes algunas breves reflexiones sobre la lengua.

Antes de adentrarme en el tema, quisiera enfatizar la singular relevancia que han adquirido los vocabularios especializados en la Sociedad de la información que hoy vivimos. Como bien señala Jacques Ellul, el hombre moderno no está subinformado sino superinformado, hasta el punto de que es incapaz de apreciar la exactitud, la importancia, la coherencia de las informaciones que lo aplastan. Sólo al seleccionarlas y organizarlas se les da un sentido a esas informaciones. Por otra parte y refiriéndonos específicamente a la Sociedad de la información (a la Sociedad del conocimiento, como también se le suele denominar) recordemos con Estela Morales “[...]que ya se habla de ella como una diferenciación histórica similar a la de la Revolución industrial o la sociedad posindustrial, lo cual denota que más que depender de las máquinas, dependemos de la información que obtenemos y sabemos utilizar, así como de los esfuerzos para convertirla en conocimiento”.

Como bien sabemos, los estudios sobre el lenguaje en Occidente nacen como parte de la Filosofía: Aristóteles es el primero en ocuparse sobre la división de las partes de la oración; Platón y su disquisición sobre el lenguaje en su famoso *Cratilo*, son dos ejemplos paradigmáticos. Hoy, los filósofos siguen ocupándose, permítaseme la expresión, de lo más humano que tiene el ser humano: el lenguaje. “Todo pensamiento, señala Cassirer, tiene que pasar por la prueba del lenguaje hablado o escrito, y también el sentimiento se prueba y corrobora al expresarse. Todos hemos pasado por la experiencia de sentimientos no pocas veces capaces de las cosas más asombrosas en este tipo de pensamiento “no formulado” característico de los sueños. Logramos resolver así, como jugando, los problemas más difíciles. Pero al despertar, todo se esfuma; la necesidad de cifrar en palabras lo conseguido nos lleva a darnos cuenta de que todo aquello no era más que una sombra vana. Por tanto, el lenguaje no es solamente, ni mucho menos,

algo que nos aleja de nosotros mismos; es, por el contrario, el camino que nos conduce a nosotros mismos y es eminentemente creador, por cuanto que sólo gracias a él se constituye nuestra conciencia del yo y nuestra autoconciencia. En otro momento, Cassirer señala: “De la razón investida en el lenguaje y que se expresa en sus conceptos se pasa a la razón científica. El lenguaje, con los medios de que dispone, no puede engendrar ni siquiera alcanzar, el conocimiento científico. Constituye, sin embargo, una etapa necesaria, en el camino que conduce a este tipo de conocimiento; es el medio sin el cual no puede nacer ni desarrollarse el saber en torno a las cosas. El acto de dar nombre a las cosas constituye la frase preliminar y la condición indispensable para llegar a determinarlas; es decir, para lo que constituye la función peculiar y específica de la ciencia. Así se comprende por qué la filología representa un aspecto necesario e integrante de la teoría del conocimiento”.

A mi entender las palabras de Cassirer expresan diáfana y claramente el quehacer que hoy nos reúne. En sus manos está utilizar una disciplina lingüística para encontrar los términos más pertinentes de cada campo del conocimiento, gracias al diálogo que mantienen entre sí y con los especialistas de aquellas áreas. Sus logros, vertidos en diccionarios, tesauros, terminologías, constituyen un elemento *sine qua non* para alcanzar la claridad que requiere el hecho de organizar y recuperar la información.

La lingüística norteamericana de las primeras décadas del siglo XX se caracterizó por su interés en la descripción de las lenguas amerindias. Este hecho permitió que sus lingüistas conocieran y describieran toda una variedad de lenguas muy diferentes de las que tradicionalmente había estudiado la filología europea. Indudablemente una de sus grandes figuras fue Edward Sapir, en quien se ha dado como en pocos lingüistas una síntesis perfecta de teórico y de empirista, como bien señala Sebastía Serrano en su historia de lingüística. Para Sapir el lenguaje organiza nuestro conocimiento del mundo, por ello a lenguas diferentes corresponden visiones del mundo diferentes.

Compromiso común de quienes se reúnen en este Simposio es la búsqueda de la difusión de los valores que cada sociedad posee porque, en efecto, cada lengua transmite un sistema de valores que le

es propio. Me llena de satisfacción saber que hay la preocupación de llevar a cabo investigaciones terminológicas en nuestra lengua para transmitir la información sin cargas culturales extrañas que la hagan menos comprensible. Si bien el mundo globalizado que nos ha tocado vivir exige definir los términos provenientes de otras lenguas, la recuperación y conservación de la identidad propia de cada lengua es fundamental.

Por lo anterior, me inquieta el contenido de dos artículos que tuve oportunidad de leer en estos días y en los que se habla sobre lo que en inglés se denomina *Plain language* y en español *Lenguaje ciudadano*: el lenguaje deja de ser un valor de cultura y se convierte en un objeto de comercio. Este movimiento, que ha sido ya transplantado a México se utiliza en la Secretaría de la Función Pública con el fin de formular mensajes claros y concretos para que el ciudadano reciba la información “que necesita” y que obviamente es la que se le quiere dar. Se empobrece así la lengua, desaparecen las variedades regionales y, por cierto, no se cuida de utilizar anglicismos y galicismos. Se pierde la identidad social; ¿se busca, acaso un esperanto del español? se pregunta uno de sus autores.

Ciertamente, como señala Olivier Reboul, en su *Lenguaje e ideología*: “La liberación del lenguaje no significa la liberación de los hombres. Sería demasiado simple, pero al menos la liberación del lenguaje es el paso obligado hacia la emancipación de los espíritus”.